

SOBRE LA NATURALEZA DE LOS EVANGELIOS A LA LUZ DE SU HISTORIA



HERNÁN DARÍO CARO

Universidad Nacional de Colombia

Resumen: La tradición sobre Jesús sufrió un complicado proceso de transmisión hasta convertirse en los evangelios escritos que hoy conocemos. Es importante conocer la naturaleza de los textos antes de pretender comprender la doctrina. A partir de la historia de su composición, intentamos mostrar por qué los evangelios no son biografías del Jesucristo histórico.

Abstract: Tradition about Jesus underwent a complicated transmission process, until it became the today known Gospels. It is important to become acquainted of the nature of the texts before aiming towards a comprehension of the doctrine. Based upon the history of their composition, we intend to show why the Gospels are not biographies of the historical Jesus Christ.

“A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros de fuera todo se les dice en parábolas, para que mirando, miren y no vean; oyendo, oigan y no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados.”

Mc.4:11-12; versión de Nácar-Colunga.

No es este el lugar para proclamar ni defender el valor de la Biblia como texto filosófico. Pretender realizar labor tan vasta y tan profunda no responde a nuestro interés, ni a nuestra capacidad, pues si es difícil convencerse a sí mismo, más aún lo es intentar persuadir a otros quizá más tercos que nosotros.

Sentimos que el problema de aceptar como filosóficos el conjunto de documentos que constituyen el Libro no radica en contraposiciones del tipo razón y fe, sino en el hecho de que lo relacionado con la religión

se concibe como distinto y contrario (en el ámbito temático) de lo que generalmente se considera filosofía. Bastaría tal vez dirigir la atención del lector hacia los Proverbios, el Eclesiastés o la Sabiduría (en el Antiguo Testamento), o hacia las cartas de Pablo a los romanos y los colosenses (si no a todas) para mostrar cómo de la Biblia se pueden realizar lecturas válidas y consecuentes sin partir de la fe. Pensamos que para comprender lo que dicen los escritores bíblicos no es necesario *creer* en ellos, basta ser amantes de la sabiduría.

Como antes dijimos, lo que buscamos por medio de las siguientes líneas no es hacer una apología de la Biblia frente al tribunal de la razón. Sacrificamos tan atractiva posibilidad para ocuparnos de un tema más modesto y quizá menos entretenido, pero cuyo conocimiento se hace necesario a la hora de realizar una lectura un tanto cuidadosa (intentando identificar los lineamientos generales del cristianismo en cuanto filosofía, esto es, camino que se ha de seguir para alcanzar la felicidad en la sabiduría) de los evangelios, tanto canónicos como apócrifos ¹.

¿Son los evangelios documentos históricamente fiables en lo que respecta al conocimiento exacto de la vida de Jesús, o pertenecen a un género diferente al de “biografía” propiamente dicha?

Podemos adelantar la respuesta. Los evangelios que hoy conocemos son la culminación de un proceso de años de transmisión, y como tal, deben ser apreciados como algo diferente a libros de historia. Nos son biografías de Jesús, aunque sí del cristianismo. ¿Qué queremos decir con esto? Que los evangelios, incluso los más antiguos, no son fuentes directas ni fiables de lo dicho y hecho por Cristo, sino más bien, de la fe que la Iglesia primitiva tenía en un Jesús vivo, resucitado, y la predicación que hizo de ésta. Es decir, son a lo más, documentos que pueden ayudar a conocer el sentir de una comunidad. Así, este ensayo pretende mostrar no aquel

hecho sino sus razones, a partir de la historia del establecimiento y temprana difusión de los evangelios.

Conscientes de que el tema ha sido estudiado infinidad de veces y la pregunta respondida de diferentes maneras, nos conformaremos con presentar las características de la composición de los evangelios confiando en que cualquier lector pueda llegar, a partir de las premisas que sentaremos, a una conclusión razonable, en acuerdo o en contradicción con la nuestra.

La nuestra no es una labor exegética, sin embargo, citaremos en contadas ocasiones la Biblia, buscando que la cita que escojamos sea la más clara posible, para lo cual nos valdremos de diferentes traducciones castellanas de la misma, usando la siguiente notación (la información sobre las ediciones utilizadas se halla al final de la bibliografía): Versión Bover-Cantera = **BC**; Dios habla hoy = **DHH**; La Biblia al día = **PFR**; Nácar-Colunga = **NC**; Reina-Valera = **RV**.

Los evangelios no son libros como cualquiera. El proceso de su formación fue un camino largo y complicado; no nacieron del deseo que testigos directos de la vida de Jesús hubiesen podido tener de poner por escrito, esto es, de fijar para los años su experiencia individual con el supuesto Mesías resucitado.

En abril de 1964, la Pontificia Comisión Bíblica publica la *Instrucción sobre la verdad histórica de los evangelios*. “Resumiendo el fruto de muchos años de trabajo de los exegetas, la *Instrucción...* describe las etapas que recorrió la tradición sobre Jesús hasta asumir la forma en que ha llegado hasta nosotros: los evangelios escritos” (Herranz, 1978, 93).

Como dijimos, los evangelios son documentos singulares. Pues bien, cuando al referirnos a ellos hablamos de etapas, no queremos con ello decir que, como casi todo texto normal, fueron primero borradores, notas del autor, y luego escritos articulados y con sentido. Ni siquiera estamos pensando en

¹La ignorancia actual teje todo tipo de leyendas alrededor de lo que significan los apócrifos (no sólo evangelios sino también *hechos, cartas y apocalipsis*, e incluso textos veterotestamentarios). “Apócrifo” realmente significa, en primer lugar, “oculto” y en segundo, no considerado documento canónico (esto es, oficial) en cuanto que no es inspirado por el Espíritu Santo. La mejor traducción castellana de los evangelios apócrifos es la de Aurelio Santos Otero, “Los evangelios apócrifos”, BAC, Madrid, 1996. Para más información sobre la literatura apócrifa del Nuevo Testamento, ver Quasten, 1961, 110-154.



diferentes ediciones de la misma obra, como las de la *Kritik der reinen Vernunft* kantiana o las de *Die Welt als Wille und Vorstellung* de Schopenhauer, textos que el autor corrige y publica algunos años después de aparecida la primera edición.

Al hablar de etapas de formación de los evangelios nos referimos a algo distinto. Primero que todo, debemos hacer notar que “evangelio” no es necesariamente un texto escrito. “*Evangelio* primitivamente significó *albricias* (felicitación ante una buena noticia); luego pasó a significar la misma *buena nueva*. En sentido cristiano significó la *Buena Nueva* por antonomasia...” (BC, 1961,1143).

Así se explica que podamos hablar de fase pre-literaria del Evangelio, es decir, fase oral, donde el mensaje cristiano se divulga sin que aun exista algún interés por escribirlo. Entendido esto, es posible presentar ya el núcleo de este ensayo: el estudio de la historia de los evangelios.

“El contenido de nuestros evangelios, los relatos sobre Jesús y sus palabras o enseñanzas, no nace de la pluma de los evangelistas o autores de nuestros cuatro evangelios. Antes que ellos lo recogieran y ordenaran en sus libros —etapa final— el material evangélico había sido transmitido durante varios decenios dentro de la Iglesia. La redacción de los evangelios es en realidad un proceso en el que se deben distinguir tres etapas” (Herranz, 1978, 94).

1ª

La doctrina cristiana no nace directamente de la labor racional, de la especulación; debemos encontrar su punto de origen en una revelación divina, esto es, en la venida de Cristo al mundo.

En este sitio consideramos de poca relevancia el valor que la fe puede atribuir a un hecho que será por nosotros tratado como hecho histórico (consideramos segura la

historicidad de Jesús, aparte de cualquier creencia que se pueda tener acerca de su “verdadera naturaleza”).

“De repente, la nube empezó a retirarse de la gruta y brilló dentro una luz tan grande que nuestros ojos no podían resistirla. Esta por un momento comenzó a disminuir hasta tanto que apareció el niño y vino a tomar el pecho de su madre, María” (*Protoevangelio apócrifo de Santiago*, 19:2). Esta primera fase es la realización histórica del Evangelio: la vida misma de Jesús, con sus palabras y sus obras. Que es sin duda la base sobre la cual se construye, no sólo el edificio doctrinal del cristianismo primitivo, sino especialmente, el proceso que culmina con la aparición de los textos que conocemos. Sin embargo, el paso de Evangelio realizado a Evangelio escrito no es inmediato, ambos estados están separados por un amplísimo lapso de tiempo en el cual suceden muchas cosas.

Entre todo lo que el Nuevo Testamento (N.T.) nos muestra de Jesús, nos lo presenta eligiendo doce discípulos preferidos, que pasarán a la historia con el nombre de apóstoles (Mt.10:1-4; Mc.3:13-19; Lc.6:13-16); ellos, junto con muchos otros desconocidos, serán los legítimos testigos presenciales de la vida de su maestro, y los primeros encargados de asegurar que el contenido de ésta llegue hasta nosotros: “Ellos salieron a anunciar el mensaje por todas partes...” (Mc.16:20; DHH).

La fe que los discípulos judíos tenían en la resurrección del crucificado fue la fuerza que permitió que tras su muerte, el Evangelio no desapareciera (como seguramente sucedió con muchas otras doctrinas de la época), sino que se empezara a expandir irreversiblemente por Palestina y las provincias que la circundan. “No se habían dispersado, ni estaban abatidos por su muerte; por el contrario, atestiguaban con entusiasmo que lo habían visto resucitado. Contraponían como una provocación el sepulcro vacío de Jesús con el sepulcro que contenía los gloriosos despojos del grande y



piadoso rey David. Afirmaban además que habían comido y bebido con Jesús resucitado. Y, lo que era más grave, acusaban a las autoridades religiosas de haberlo hecho matar injustamente. Sin embargo, decían, esa muerte formaba parte del plan de salvación de Dios; de modo que también los judíos, incluidos sus jefes, podrían arrepentirse de su pecado y ser salvados por medio de Cristo Señor (pues así lo llamaban), el cual, ahora ya resucitado, reinaba glorioso en el cielo” (Segalla,1990,27).

La fe no es ahora algo irrelevante: del Jesús histórico se pasa al Cristo resucitado que las primeras comunidades anuncian y divulgan. “Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mc.16:15;RV).

2ª

La segunda etapa de conformación de los evangelios es la tradición de las palabras y hechos de Jesús: el “Evangelio predicado” (BC,1961,1143).

El relato de Lucas que conocemos como *Hechos* (o *Actos*) de los apóstoles (escrito probablemente alrededor del año 26 d.C.) es el mejor documento que, al interior del N.T., nos revela las características de las primeras comunidades cristianas inmediatamente posteriores a la muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo². Según éste, existía cierto reducido número de personajes encargados de configurar y transmitir los datos de la tradición sobre Jesús, cuerpo enseñante conformado, primero, por los apóstoles, y luego por discípulos suyos; “Nosotros, los apóstoles, debemos dedicarnos a predicar y no a administrar el programa de alimentación —

dijeron—. Por lo tanto, amados hermanos, seleccionen de entre ustedes siete hombres sabios, llenos del Espíritu Santo y que gocen de buena reputación, y pongámoslos al frente de este trabajo. Así podremos nosotros dedicarnos a orar, predicar y enseñar” (Ac.6:2-4; PFR)³.

Como es apenas obvio, al principio la transmisión de la tradición evangélica es oral. Poco a poco los nuevos cristianos empiezan a conocer la vida de Jesús. Comienzan a aparecer variantes con respecto no sólo a sus enseñanzas, sino también a su biografía; pronto aparecen leyendas sobre lo que dijo o hizo. No es errado pensar que desde el inicio mismo del cristianismo hubo pequeñas tergiversaciones (para la tranquilidad de muchos, diremos, accidentales), al fin y al cabo, el material con que en esos momentos se labora es lo que podríamos llamar la transmisión de otra transmisión, es decir, la transmisión (interpretación) de una interpretación anterior. “Podríamos multiplicar los ejemplos que ponen de manifiesto la creatividad de los grupos cristianos y la libertad que usaron para transmitir las palabras pronunciadas por Jesús o para relatar sus acciones. Con todo, creatividad no es invención pura y simple ni libertad significa anarquía...” (Quesnel,1990,49).

Con el tiempo aparecen las primeras recopilaciones de palabras y hechos de Jesús, utilizadas en la predicación oral⁴; este es, propiamente dicho, el paso de la palabra viva (la oral) a la palabra escrita.

Pensar en la existencia de colecciones de información sobre Jesús, supone que previamente se hizo una selección a partir del

²En realidad, y de acuerdo con lo que dijimos al principio, hay muchísimos más *Hechos de los apóstoles* aparte del aceptado por la Iglesia. J. Quasten habla de por lo menos ocho *Hechos* apócrifos (Quasten,1961,130-143), todos ellos textos de gran interés para la historia de la Iglesia.

³ Ver también Lc.1:1-2, sobre los “ministros de la palabra”.

⁴Se han denominado *ágrafa* y *logia* a las palabras aisladas atribuidas a Jesús que no figuran en los evangelios canónicos, y que sin embargo (creemos) se deben tener en cuenta al momento de estudiar y comparar los datos relacionados con la persona de Jesús. Se puede encontrar información detallada sobre este tema en : De Tuya y Salguero,1967,404-407.



contenido total de la tradición transmitida oralmente (este mismo proceso de selección se repetirá cuando los evangelistas decidan escribir sus libros, como veremos más adelante).

Siendo así, el material que contienen estas antologías se habrá diferenciado sustancialmente del original; hay que comprender que los intereses que mueven a los compiladores se dirigen principalmente hacia la conservación de la estructura general de la doctrina cristiana, “iba en ello la vida o la muerte de la Iglesia” (Quesnel,1990,45). El Jesús histórico se confunde ahora con el Jesús glorioso, es decir, se le asigna un nuevo valor a lo que dijo el Cristo terreno.

Paralelamente a la selección de los datos de la tradición, y a la aparición de las primeras recopilaciones, se lleva a cabo una actividad —para nosotros, y según los intereses de este ensayo— de consecuencias importantísimas.

“Es posible entender el desarrollo histórico de la religión cristiana durante los primeros siglos como un proceso de continua ”traducción” de sus fuentes con lo que se intentaba dar al mundo una comprensión cada vez más adecuada de sus contenidos.” (Jäger,1993,60).

En el año 587 a.C. Jerusalén es destruida, y el pueblo judío pasa a ser dominado por el Imperio babilónico. Allí, los judíos desterrados aprendieron el arameo, y una vez vueltos a Palestina (en el año 538 a.C., Ciro, rey de Persia, toma Babilonia y promulga un decreto por el cual se permite a los judíos volver a su tierra), fueron poco a poco abandonando el uso del hebreo. En tiempos de Jesús, el idioma oficial era el arameo.

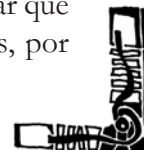
Al principio, las predicaciones apostólicas se limitaron al territorio judío (Lc24:47; Ac.1-9), pero muy pronto, el cristianismo (inevitable, aunque deliberadamente) se expandió por todo el Imperio romano; esto es, el Evangelio llegó a los gentiles. “¡De manera que también a los

que no son judíos les ha dado Dios la oportunidad de volverse a El y alcanzar la vida eterna!” (Ac.11:18; DHH).

La tradición sobre Jesús, primero oral, y luego seleccionada y fijada en colecciones, es traducida del arameo al griego. Como ya dijimos, la traducción nace de la necesidad de adaptar el contenido de la doctrina cristiana al pensamiento de comunidades distintas a la judía; el espíritu griego es diferente al hebreo —como por lo demás, lo pueden ser los de otros pueblos cualesquiera—, así se entiende que la traducción no fue sólo de palabras, sino especialmente, de categorías culturales. “La traducción opera una transferencia de ideas, instituciones y cosas a un contexto que siempre es, en grado diverso, extraño y distinto del original. Ahora bien, cambiar el contexto significa crear toda una serie de nuevas relaciones y confrontaciones que ponen la idea o la cosa originalmente lejana bajo una luz diferente y le atribuyen la posibilidad de recibir un significado en parte nuevo. De esta forma, considerando también este aspecto de la traducción, creemos que se impone la afirmación de que la traducción siempre es una interpretación inevitable; en efecto, siempre es un comprender caracterizado por la novedad del punto de vista y por la novedad de la situación (además de la forma) en la que llega a encontrarse el texto” (Buzzetti, 1976, 289).

La traducción de las recopilaciones continúa un proceso que había empezado desde el momento en que se comenzó a predicar lo enseñado por Cristo. La palabra oral hace retoques (de una forma no deliberada) a la tradición. En este punto, podríamos —como fue antes insinuado— identificar ya dos momentos en los que el contenido de tal tradición es modificado.

Primero: el paso de las palabras de Jesús, a las de sus ministros. Queremos ser claros en afirmar que, si bien es una necedad pensar que la tradición no sufrió cambios (mínimos, por



supuesto) durante todo el tiempo que fue transmitida antes de ser fijada por escrito, también es disparatado imaginar que fue objeto de tergiversaciones extremas, esto es, destructivas, que la diferenciaron totalmente de su estado original. Pablo, el primer y más importante evangelizador de gentiles no ignora la necesidad de recomendar, ante todo, fidelidad: “Conserva sin deformarlo el tipo de las palabras que de mí oíste, con la fe y la caridad que está en Cristo Jesús” (2Ti.1:13;BC).

Segundo: el paso de lo escuchado y predicado por los apóstoles, a lo escuchado y predicado por sus discípulos, y por el pueblo. No olvidamos en este punto que los evangelios, desde su origen, “son totalmente obra de la comunidad que vive de la fe en el Resucitado: La Iglesia” (Quesnel,1990,30), por eso en este momento (por lo menos veinte años después de la crucifixión) es difícil hablar de información de primera mano, o de derechos exclusivos de autor.

Después la tradición es seleccionada y puesta por escrito. Aparecería como vimos, el tercer momento en el que hay modificación de lo transmitido (cuarto, si como es debido, tuviésemos en cuenta la selección): toda traducción es necesariamente interpretación (según las palabras de Buzzetti)⁵.

Podríamos no dudar que en su estructura global, el mensaje evangélico se mantuvo incólume. Sin embargo, pensar en una interpretación es necesariamente pensar en una variación: así, a través de las traducciones del arameo al griego, la palabra original es adaptada (y modificada), y los detalles — preferiríamos utilizar un verbo con una menor capacidad de herir susceptibilidades— tergiversados.

Queremos aclarar a lo que nos referimos con “estructura global”. Por ello entendemos los lineamientos generales del cristianismo a nivel conceptual, esto es, la propia doctrina cristiana (no decimos “doctrina de Cristo” porque apreciamos el pensamiento cristiano como el resultado del trabajo que una comunidad realiza sobre una tradición transmitida por años, que si bien parte del Jesús histórico, cambia y se enriquece con el tiempo). Así, las modificaciones sufridas por el Evangelio durante la etapa oral afectarían principalmente datos como fechas y lugares, y las que nacen a raíz de la selección y traducción de recopilaciones (comienzos de la etapa escrita) alterarían los planteamientos, cambiando palabras, y lo más importante, añadiendo ideas, intentando “aclarar” posibles inquietudes ⁶, pero sin estropear el sentido del mensaje (la estructura global), podríamos decir sin el temor de sonar extravagantes, lo incorruptible del cristianismo. Nos hemos detenido en las anteriores reflexiones, porque

⁶La traducción de un texto supone, repetimos, realizar una interpretación sobre la fuente (el documento que va a ser traducido). Nuestro interés es evidenciar el hecho de que la interpretación implica, o mejor, lleva a una re-creación del original, en el sentido de que no se está haciendo una traducción palabra a palabra, sino una adecuación de lo escrito en determinado contexto. Actualmente se habla de dos posibles orientaciones a la hora de traducir: la literalista y la literaria (que no sabemos hasta qué punto se emparentan con las equivalencias formal y dinámica de E. Nida). En el primer caso se desea realizar una reproducción del original en todos sus aspectos, lo que llevado al extremo puede desembocar en una traducción que es un mero calco del original. La otra orientación no teme “trabajar” sobre la fuente, pues sabe que no son palabras sino sus relaciones, las que componen un texto. El resultado es una reconstrucción, pues lo primero que el traductor hace es una exégesis, es decir, interpreta.

Somos de la opinión de que los primeros traductores de las recopilaciones no se limitaron a reproducir literalmente aquel material. Mediaba necesariamente en necio e inconsecuente, teniendo en cuenta que actualmente la historia de los evangelios trabaja sobre estos temas a partir de hipótesis y especulaciones.



⁵ Sterk,1994,136 repite: “All translation assumes a thorough exegesis of the source text” recordando la relevancia (y claro, lo inevitable) de la interpretación dentro del contexto bíblico.

la tercera etapa de la historia de la conformación de los evangelios cierra nuestra exposición.

3ª

“También nosotros tenemos escrituras de escrituras más antiguas que se refieren a El” (*Liber de infantia Salvatoris*, 94). La última etapa de la temprana historia de los evangelios está marcada por la redacción de los textos que hoy leemos: la tradición, en gran parte fijada ya por escrito, es recogida por los evangelistas.

Fueron cuatro los evangelios admitidos por la Iglesia: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Cada uno, como documento autónomo, tiene una historia, unas intenciones por las cuales fue escrito, y unas problemáticas particulares⁷. Sin embargo, aquí los apreciamos de una forma más general: como el término de un largo y dificultoso proceso en el cual una cierta tradición conformada a partir de un hecho histórico es transmitida, enriquecida y modificada, y finalmente puesta por escrito. De esta forma es posible identificar características comunes, que permitirán conocer la naturaleza del Evangelio escrito.

“Cada evangelista presenta a su modo una tradición que no crea, sino simplemente transmite” (Herranz,1978,96). Sin embargo, debemos ser claros en decir que si bien “cada evangelista” se limita a transmitir cierta cantidad de datos y conceptos, y no trabaja sobre el aire, es decir, no inventa nada (en cuanto crear algo que no le fue transmitido), sí debe, según los intereses con que escribe

(i.e., según a quién o a quiénes va dirigido su evangelio), discriminar con el fin de escoger la información que le es más útil. La redacción del texto implica, como antes insinuamos, una selección sobre todo el material, tanto oral como escrito, que ha llegado a las manos del autor. El mejor ejemplo de ello al interior de los evangelios es lo que Juan escribe: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro...” (Jn.20:30-31;RV), y “Muchas otras cosas hizo Jesús, que, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros” (21:25;NC).

También es necesario hablar acerca del papel de la traducción en esta etapa. Como vimos, la expansión del cristianismo hizo necesario llevar a los pueblos que no conocían el arameo, el mensaje evangélico en su propia lengua. Es de suponer que los evangelistas trabajaron, o bien con las colecciones en el idioma original, o bien con sus traducciones. Casi la totalidad de los textos evangélicos se escribieron originalmente en griego (de los canónicos, Mateo es, según parece, la excepción. Habría sido escrito “en lengua hebrea” según los testimonios de Papías e Ireneo, y luego traducido al griego, que es, por lo demás, la única versión que se conoce); si los autores utilizaron fuentes no traducidas, entonces ellos mismos tuvieron que verterlas a la hora de redactar sus evangelios. Por otra parte, si se valieron de las colecciones en griego, ya estarían trabajando sobre una modificación. De esa forma, consideramos válido en este punto todo lo que anteriormente se dijo acerca de la traducción.

Así pues, en la tercera etapa (la redacción de los evangelios), la información que la tradición transmitió, también fue modificada, bien por medio de la selección, bien gracias a la traducción.

Al final de este período, los textos estarían totalmente fijados, y por consiguiente, la tradición segura de no sufrir manipulaciones

⁷ Como bien es sabido, las características externas de los evangelios canónicos han sido objeto de infinidad de estudios, los cuales no siempre han llegado a las mismas conclusiones. Los textos que a este respecto hemos trabajado, claros y de carácter introductorio son: i) protestantes: AA.VV(1971). *El comentario bíblico Moody*. The Moody Institute, Chicago; y Hoff,P.(1989). *Se hizo hombre*. Editorial Vida, Deerfield. ii) católicos: Quesnel(1990); y NC (1955).

posteriores. Sin embargo, debemos hacer una última consideración a este respecto. El siglo I d.C. vio aparecer los primeros evangelios escritos, y entre ellos, los canónicos; también los vio ser copiados, interpretados, y vueltos a copiar. Aunque la historia de su redacción termine en este punto, no sucede así con la historia de su difusión. Los manuscritos (medianamente completos) más antiguos que se conservan datan de los siglos IV y V, separados por cientos de años de los “originales”. Así como al principio la tradición se transmitió de boca en boca, también ahora los evangelios se difundieron por medio de copias; tarde o temprano (como sucedió con muchos textos de la antigüedad) los manuscritos originales desaparecieron (recuérdese lo que se dijo acerca del evangelio de Mateo). “Los manuscritos evangélicos que obran en nuestro poder son copias de copias” (Quesnel, 1990, 106). De Tuya y Salguero (1967, 602-615) dedican el último capítulo de su obra al problema de la crítica bíblica. Dentro de ese capítulo encontramos un numeral titulado “Causas que motivaron los cambios accidentales en el texto sagrado” (1967, 605), donde se presentan las principales razones por las cuales las copias de los Libros (Sacros) que hoy se conocen difieren en gran medida de los manuscritos originales. Las alteraciones sufridas por los textos son de dos tipos: voluntarias e involuntarias. Particularmente, los copistas realizaron: omisiones, añadiduras, inversiones, pulimentos estilísticos y correcciones. Realmente, “no se puede menos de admitir que en el transcurso de los siglos (los escritos sagrados) sufrieron muchos cambios accidentales” (De Tuya y Salguero, 1967, 605).

Hemos prolongado nuestra exposición para mostrar cómo el Evangelio sufrió alteraciones, tanto en su etapa pre-literaria como después de ser establecido por escrito. Al inicio de este ensayo, dijimos que los evangelios no son documentos confiables en lo que respecta a una rigurosa biografía de Jesús. De los

canónicos, sólo dos nos hablan de su infancia (Mateo y Lucas) aunque de una forma muy superficial, y en lo que respecta a su adultez, los cuatro dan información histórica bastante pobre.

Algo parecido sucedería con los apócrifos, que al final de cuentas, sufren un desarrollo igual al de los anteriores. Aunque son más variados (hay apócrifos de natividad, de infancia, de pasión, de muerte y resurrección, de ascensión...) no por ello podemos decir que nos suplan de datos precisos, y fuera de eso, los apócrifos son considerados más inverosímiles que los oficiales.

De la aceptación del hecho de que la tradición fue fuertemente modificada, se pueden desprender dos posiciones: i) la de aquellos que pretenden, a toda costa, defender el valor de los libros. El Jesús terreno se puede y se debe encontrar en los evangelios: “Jesús nos llega de la mano de la Iglesia, y no podía ser de otro modo” (Herranz, 1978, 97). Suponen que no es posible que la tradición se halla degenerado tanto: los evangelios, si bien son el resultado de años de modificaciones, deben ser estudiados de la manera más cordial posible. El Espíritu Santo, que en el principio inspiró las obras, no ha podido permitir que hayan perdido y cambiado totalmente el mensaje del Jesús histórico; y ii) la posición de los más escépticos, que proclaman que “los evangelios no contienen palabras pronunciadas realmente por Jesús y narraciones de hechos realizados verdaderamente por él, o sólo contienen una y otra cosa en muy escasa medida” (Herranz, 1978, 97), esto es: el valor histórico de los evangelios es nulo, apreciarlos más allá que como mero testimonio de comunidades desaparecidas no tiene sentido. Nos consideramos lo suficientemente principiantes como para no pretender adoptar una posición firme respecto a estos problemas, ni mucho menos, defenderla. Aún así, queremos afirmar que sería absurdo no tener en cuenta la evidencia y cerrarse frente a las aseveraciones que aparentan destruir lo que



se ha creído siempre. La tradición sobre Jesús, de hecho, cambió; definitivamente no se comportó como esos caleidoscopios que después de diez vueltas vuelven a su estado original.

El material escrito sobre este tema es vastísimo, y las conclusiones a que llegan los estudiosos no siempre coinciden, como se ha mostrado. Hemos querido abordar el problema de la naturaleza de los evangelios porque, como fue dicho, nos parece importante conocer qué clase de texto es el

que estamos enfrentando; a la hora de querer entrar en contacto con determinada doctrina, en este caso, con una que tiene siglos de existencia y en la que millones de personas creen.

Esperamos que nuestra labor sea apreciada como lo que es: un mero acercamiento a un problema que empezó a discutirse hace muchos años y que hoy todavía genera debates que van más allá de lo que generalmente suele concebirse al hablar de religión cristiana.



BIBLIOGRAFÍA

Versiones utilizadas de la Biblia:

Bover-Cantera = **BC** (1961), BAC, Madrid.

“Dios habla hoy” = **DHH** (1989), Sociedades Bíblicas Unidas, Corea.

Nácar-Colunga = **NC** (1955), BAC, Madrid.

“La Biblia al día” = **PFR** (1979), International Bible Society, Colorado Springs.

Reina-Valera = **RV** (1994), Broadman & Holman, Nashville.

Buzzetti, Carlo (1976)

“Traducir la palabra”, Verbo Divino, Estella.

De Tuya, M. y Salguero, J. (1967)

“Introducción a la Biblia”, BAC, Madrid.

Herranz Marco, M. (1978)

“Los evangelios y la crítica histórica”, Cristiandad, Madrid.

Jäger, Werner (1993)

“Cristianismo primitivo y paideia griega”, Fondo de Cultura Económica, México.

Quasten, J. (1961)

“Patrología”, v.I, BAC, Madrid.

Quesnel, Michel (1990)

“La historia de los evangelios”, DDB, Bilbao.

Segalla, Giuseppe (1990)

“Las primeras comunidades anuncian a Jesús”. En: E.Galbiati, G.Segalla y B.Maggioni *La historia de Jesús*, Hyspamérica, Buenos Aires, 25-48.

Sterk, Jan (1994)

“Translation as Re-creation”. En: *The Bible Translator*, Vol.45, No.1, 129-139.